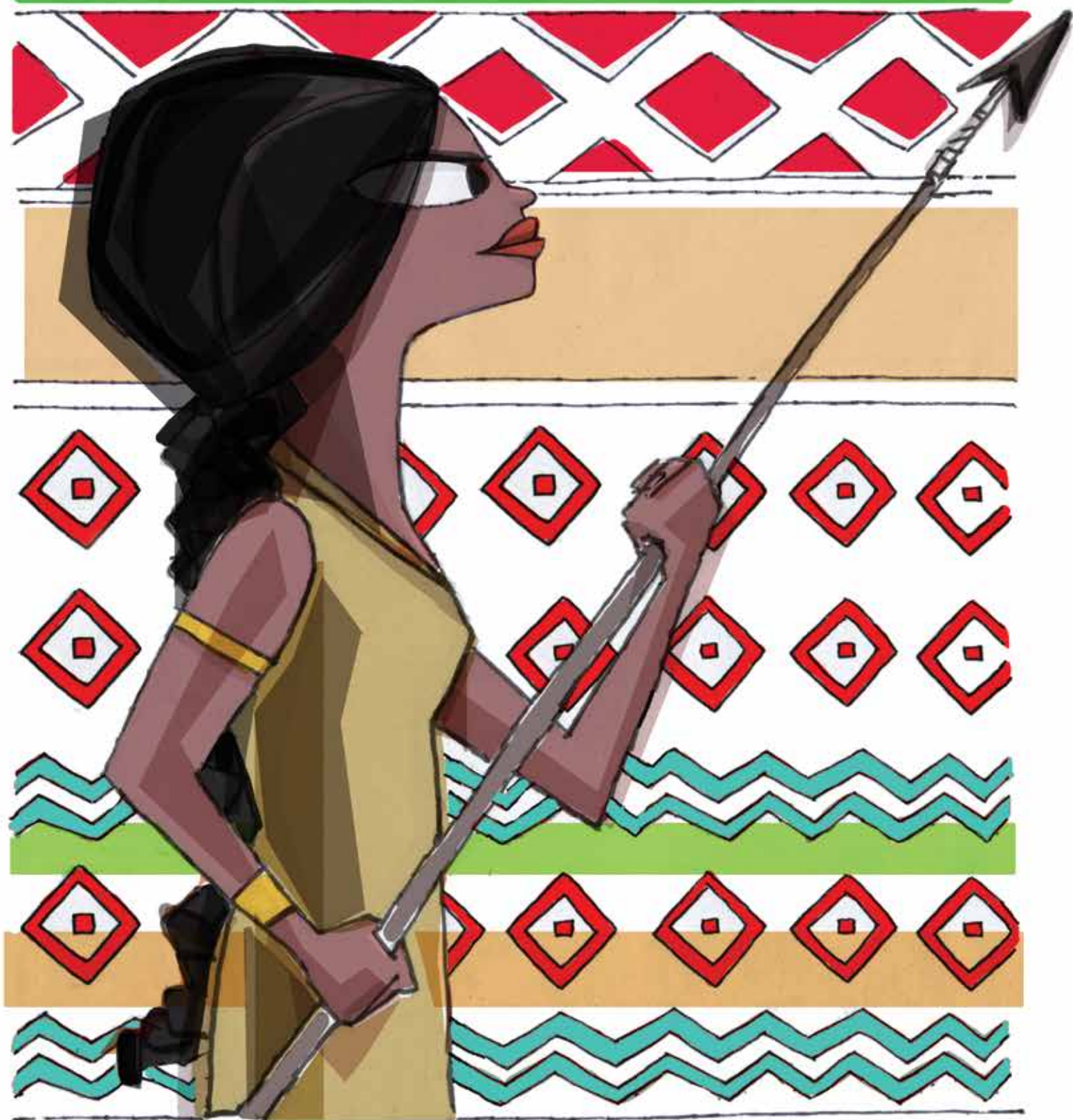




Hubo una vez en este lugar

Mitos y leyendas de este lado del mundo





Leyenda del chajá



AGUARÁ HABÍA SIDO DE JOVEN UN CACIQUE MUY valiente, respetado y querido por su pueblo. Pero el tiempo había pasado y se sentía cansado y enfermo. Era Taca, su hija, quien lo ayudaba en las tareas de jefe. Desde chiquita, su padre le había enseñado a manejar el arco y la flecha, a cazar, a tomar decisiones. Taca era una mujer independiente y decidida, y como si esto fuera poco, también era hermosa. Trenzas negras larguísimas, piel cobriza, ojos grandes y brillantes. Las madres de la tribu acudían a ella cuando sus hijos estaban en peligro, las más jóvenes le pedían consejos y Taca siempre estaba dispuesta a escuchar y brindar una palabra que aliviara.

Muchos jóvenes estaban enamorados de la hija del cacique y querían casarse con ella. Pero su corazón tenía dueño y nada ni nadie podía cambiar sus sentimientos. Ella había dado su palabra y cuando una guaraní daba su palabra, iba el alma en ese juramento.

Ará-Naró era el novio de Taca. Se había ido a cazar a las selvas del norte y a su regreso se casarían.

Los días pasaban tranquilos. Nada hacía suponer lo que estaba por venir.

Una tarde, Petig, Carumbé y Pindó, tres jóvenes de la tribu, salieron como lo habían hecho tantas otras veces a buscar miel al bosque. Se separaron para encontrar más panales. Gritos desgarradores de espanto retumbaron entre los árboles. Petig había sido atacado por un yagureté





hambriento y no había podido defenderse. El animal salvaje lo había destrozado con sus garras. Sus compañeros no pudieron hacer otra cosa que escapar y contar lo sucedido cuando llegaron a la tribu.

Asustados, ya no iban al bosque a buscar frutos porque el yaguareté acechaba. Muchos lo habían visto merodeando el lugar.

Fue entonces cuando el consejo de ancianos que se reunía cuando algún problema serio amenazaba a la tribu tomó una decisión para terminar con semejante amenaza.

Un grupo de jóvenes fuertes y valientes entraría en el bosque para matar al yaguareté y poner fin a esta desgracia. Pero para sorpresa de los ancianos y de toda la tribu, solo Pirá-Ú se presentó ante el consejo. Ahí se fue al bosque confiando en su valor y su fuerza creyendo que iba a regresar triunfante con la piel del yaguareté como ofrenda para su pueblo. Nunca regresó y la tristeza ganó la partida. Los ancianos decidieron llamar una vez más y nadie respondió al llamado. El enojo de Taca fue tan grande ante la cobardía de los jóvenes que decidió ir ella misma a enfrentarse con el feroz animal.

—Me avergüenzo de esta tribu de cobardes —dijo—. Si Ará-Naró estuviera entre nosotros no dudaría en ir al bosque a matar al yaguareté. Yo iré y traeré su piel. Vergüenza les dará reconocer que una mujer tuvo más valor que un grupo de miedosos. El anciano cacique no quería saber nada de que su hija se enfrentara al yaguareté. Trató de disuadirla con miles de argumentos para que se quedara, pero ninguno la convenció. La joven se preparó para partir. Justo en el momento

Los guaraníes

de la despedida, llegó la noticia de que los cazadores que habían partido hacia las selvas del norte estaban regresando. Ará-Naró venía con ellos. La alegría de Taca fue inmensa. Ahora podrían ir juntos al bosque a terminar con esa pesadilla. Partieron cuando la luna envió su luz sobre la tierra. La esperanza de terminar con el yaguareté los alentaba. Se detuvieron cerca de un ñandubay.¹⁸ Supusieron que el animal estaba cerca y no se equivocaron. Con paso lento pero seguro, el felino avanzó hacia los jóvenes. Ará-Naró lo enfrentó con valentía. ¡Chajá!, ¡chajá!¹⁹ —gritaba Taca animando a su enamorado—. Sin pensarlo, la valiente Taca también se trabó en lucha con el animal. Nadie salió triunfante. El yaguareté de un zarpazo le desgarró el cuello y lo arrojó a la tierra. Con él rodó la fiera enfurecida y poderosa. Taca, Ará-Naró y el yaguareté pagaron con su vida el heroísmo que los llevó a la lucha. El viejo cacique murió de tristeza. Todos lloraron su muerte. Prepararon una gran urna de barro y, después de colocar en ella el cuerpo del cacique, pusieron sus prendas y, como era costumbre entre los guaraníes, provisiones de comida y bebida. En el momento de enterrarlo, una pareja de aves se posó sobre la urna. Gritaban “¡chajá!, ¡chajá!”. Eran Taca y Ará-Naró, quienes, convertidos en aves por Tupá,²⁰ volvían a la tribu de sus hermanos para ser eternos guardianes y alertar a los suyos cada vez que amenazara un peligro. Por eso, el chajá sigue cumpliendo el designio que le impusiera Tupá y, cuando advierte algo extraño, levanta el vuelo y da el grito de alerta: “¡chajá!, ¡chajá!”.



Todos los personajes de la leyenda llevan nombres relacionados con el mundo de la naturaleza:

Aguará: zorro; Taca: luciérnaga; Ara-Naró: rayo; Petig: tabaco; Carumbé: tortuga; Pindó: palmera; Pira-Ú: pescado negro.

18.

Árbol que tiene una madera rojiza muy dura y resistente.

19.

Chajá: el nombre de esta ave proviene del guaraní y significa ¡vamos! o ¡escapa! Procede de una deformación del sonido del grito de estas aves cuando se ven sorprendidas; de este modo, avisan a las otras de su especie en la cercanía para que huyan del posible predador.

20.

Dios supremo de los guaraníes.





Coordinación editorial
Daniela Allerbon, Pilar Amoia

Redacción y compilación
Graciela Piombo

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Paula Erre y Javier Bernardo

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño, Daniela Valeiro
